RESEÑAS

Jacques Derrida, *Las muertes de Roland Barthes*. Traducción y prólogo de Raymundo Mier, 1999, México, Taurus, 234 p.

*Cuando voy a pasearme a los cementerios
me embarga un sentimiento de tristeza que
no es a causa de los desdichados difuntos,
sino la espantosa uniformidad con la cual
se piensa de ellos. E. Jünger.*

La muerte fue, es y será el tema metafísico por excelencia; nuestra ansia por conocer lo que acontece *ahí* obliga al hombre, pensante o no, a crear su propia justificación. Las ciencias, artes, mitos y literaturas al respecto son pilares de todas las culturas.

Desde la antigüedad se pensó en ella y por ella se crearon ritos, pirámides y cultos. Sin embargo, la muerte no toca, no hace *contacto* con todos por igual, la muerte es individual o la han individualizado y aislado, como nos enseña el bello ensayo sobre la soledad de los moribundos de Norbert Elías.

La parte más sensible de la muerte es la que *entrecruza* la amistad, en ella la sensación de vacío crece y se desboca. La *filia* entre hombres con ciertas afectaciones semejantes produce un hueco aún mayor. Entre poetas, arroja al rostro del mundo, elegías. Entre músicos, réquiems. Entre pensadores, disertaciones. Entre Roland Barthes y Jacques Derrida nos ofrece la oportunidad del diálogo *post mortem* presentado en el volumen que inaugura la colección 'La huella del otro', editada en nuestro país bajo la dirección de Esther Cohen.

La muerte produce una impresión fotográfica, dice Derrida, que con aguda percepción intenta, literalmente, la descripción de la luz, auscultar sus contactos con aquél, el *Otro*, y con él mismo, en el espacio donde "el paradigma

137

RESEÑAS

se reduce a un simple obturador, el que establece la separación entre la pose inicial y el papel final”.

La relación entre dos hombres que captaron la naturaleza e intensidad de la conjunción de esos sonidos y signos que escribimos y llamamos palabras.

Entre la primera y la última de sus obras Derrida ha presentado y siente la presencia de su amigo Roland. Entre las palabras se encuentra lo entredicho y la imagen amistosa. Con el rigor de la relación pensante, la ausencia se hace presencia íntima.

El principal objetivo de la intención intelectual sostenida por Derrida ha sido abandonar la especulación metafísica a cambio de un enfoque de mayor modernidad: el filo-lingüístico. La filosofía camina por los senderos del *gramema* o del *matema*, por la ciencia de los números o la del lenguaje. En el caso de los modernos filósofos escritores se opta por el primero, los científicos prefieren el segundo, pues, desde Nietzsche se piensa que la metafísica ha muerto.

Barthes desde mediados del siglo enunciaba la posibilidad de una literatura desde el grado cero y una crítica de mayor consistencia científica.

Derrida, confiado en el poder de la enunciación, sabe que el nombre sin presencia no sólo representa la muerte sino algo mayor, la ausencia. Como Raymundo Mier explica en el certero ensayo introductorio —“Derrida: los nombres del duelo, el silencio como claridad”— se trata del desarrollo de la idea de que con la destrucción de la vida y la exigencia de hacer imposible el olvido, la muerte afirma la presencia y el nombre de quien desapareció. Como ambos pensadores franceses, sabe que lo inmortal es una parte de nosotros, que en vida nos puede ser, incluso extraña, pero que toma mayor vigor después de la muerte, es decir, en y por el nombre.

Prueba de lo anterior es que pese a que Barthes murió en 1981 y Derrida no muere aún, la convivencia de ambos permanece en el texto. El discurso adquiere más allá de nuestras creencias un rigor metafísico, algo que nos trasciende y se formula a sí mismo, al grado de que Derrida confía en el poder de su discurso para reflexionar y reflejarse en su amigo. La amistad antes que otra cosa es un reflejo de similitud o carencia, según el caso. *Roland Barthes es el nombre de un amigo que en el fondo, en fondo de una familiaridad, conocía poco y cuya obra, es obvio, no he leído en su totalidad, quiero decir releído, comprendido.*

Pero la amistad es afecto por los actos del otro. En el caso de los escritores existe esa falsa preocupación por las ideas; la amistad entre ambos france-

RESEÑAS

ses sobrevivirá con la permanencia del propio texto. Derrida confía en las palabras y enunciaciones al grado de depositar en ellas toda la fidelidad a lo que concibe como amistad. Se vuelve a la letra, pero los libros remiten a la existencia, por lo que es imposible afirmar la muerte. El texto crece, vuelve y se revuelve y con él la amistad pervive, sabemos que esta ahí. La vida y la amistad florecen en esa especie textual de la intemporalidad.

VÍCTOR BACA